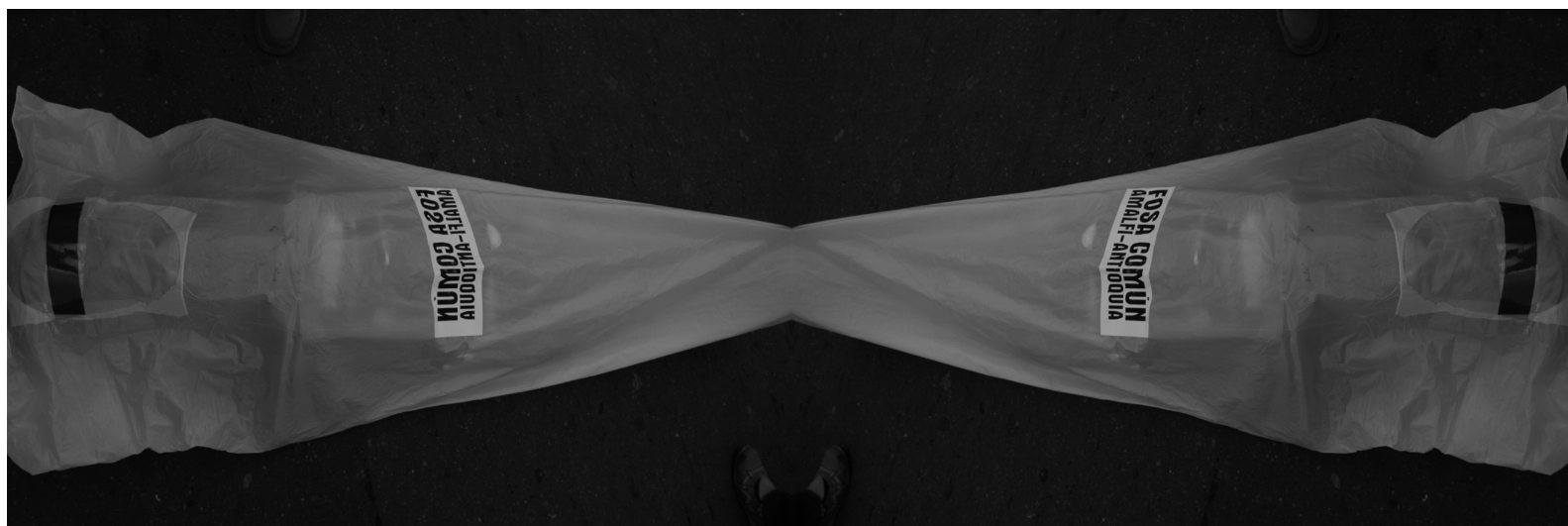






El 6 de marzo, miles de colombianos marcharon para protestar contra todo tipo de violencia. No sólo aquella que promueven los intereses del Estado. De hecho, la protesta también se dirigió en parte contra ese mismo Estado indolente, siempre listo para denunciar de manera precipitada los ataques de las Farc, pero con corazón estrecho para ser magnánimo con las víctimas de la violencia que por décadas se ha propiciado o tolerado desde altas instancias del gobierno, o por parte de algunos de sus miembros de menor jerarquía.

No fue una marcha de apoyo a algún actor del conflicto, ni siquiera a favor del Ejército que en este momento se juzga como propiciador de desapariciones y asesinatos sumarios. Fue una marcha

al margen de los medios masivos de manipulación, una errancia que busca hallar amparo en el mismo Estado que dice proteger a todos siguiendo lo planteado en la Constitución Nacional.

No fue una marcha espectáculo -con reinas, aeróbicos, artistas famosos y pasajera euforia ciudadana-. Fue una luctuosa remembranza de aquellos que no están, un peregrinaje de madres y hermanos que durante años han buscado una respuesta ante los diversos actores armados, con el fin de saber siquiera dónde están aquellos seres desaparecidos.

No fue una marcha de domingo. Fue una Colombia oculta y poco agradable para quienes detentan el poder, pues en su personal miseria, cada marchante mostró la realidad de lo que somos, de lo que otros quieren maquillar con un eslogan promocional. Fue la marcha de la vergüenza nacional.¹

Una marcha sin colores

Por: Katherine Loaiza
Cortesía: www.elspectador.com